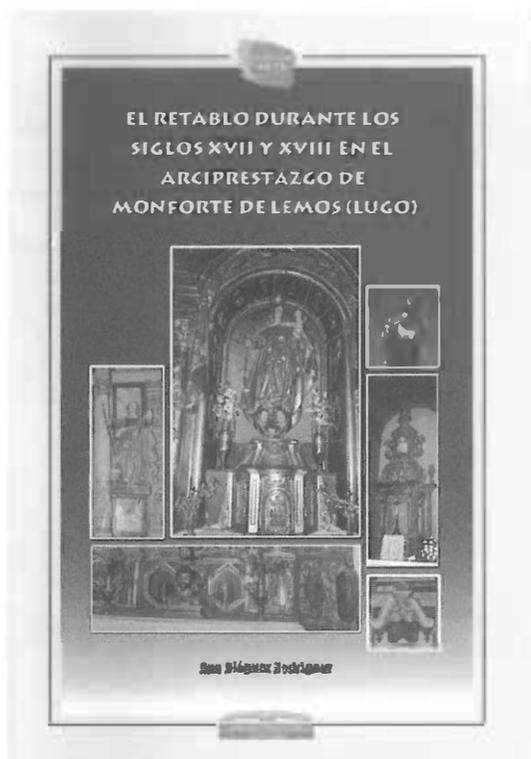


ANA DIÉGUEZ RODRÍGUEZ. *El retablo durante los siglos XVII y XVIII en el arciprestazgo de Monforte de Lemos (Lugo)*. Lugo: Diputación Provincial, 2003. 386 pp. y 37 láms.

Aunque pocas veces nos acordemos de él, Galicia guarda entre sus limes uno de los capítulos más brillantes del devenir español de las formas. A lo largo de los siglos, esta periferia atlántica se ha revelado como una buena cantera de artistas y, sobre todo, como un magnífico semillero de obras que, desde los tiempos primitivos hasta nuestros días, han sabido mantener muy altos niveles de dignidad estética. Recordemos tan sólo la indudable importancia de su arte prehistórico, del que nos han llegado tantos petroglifos, como los de las cercanías de Campo Lamceiro y Muros, y construcciones megalíticas, caso de los impresionantes dólmenes de Cabaleiros, Lalín u Oleiros; pensemos también en la riqueza y unicidad de su cultura de los castros, con vestigios tan sobresalientes como los de Baroña y el monte de Santa Tecla. Romanos y bárbaros pasarían luego por estos solares sentando las bases de su gran edad media, que constituye, desde el punto de vista artístico, una de las experiencias más fructíferas de la historia de la cultura en la Península.

La llamada de las reliquias movía hacia este lejano Finisterre peregrinos de toda Europa, que, con su tráfico daban alas a un desarrollo formal sin precedentes. De los campos de la arquitectura y la ingeniería emana la inmensa mayoría de los restos conservados, suficientes de sobra para comprender la enorme trascendencia de aquel período; ahí están los puentes de Cesures o Furelos; ahí quedan las catedrales de Santiago, de Tui o de Orense; ahí las iglesias de Vilar de Donas o Portomarín, así como la inacabable nómina de grandes monasterios repartidos por todo su territorio, entre los que brillan Celanova, Meira, Armenteira, Montederramo, Ouseira, Melón, Carboeiro, Samos, Sobrado... y tantos más, muchos de ellos con opulentas reformas barrocas que se sobreponen, o directamente sustituyen, a su antigua y, también rica, estructura medieval. Los siglos XVII y XVIII constituyen, en efecto, junto a esa fascinante etapa que todavía alguno se empeña en llamar «oscura», el otro gran momento de la historia del arte gallego. Tras un siglo XV marcado por el desorden, a causa de la guerra de los Irmandiños y los enfrentamientos con Castilla a la muerte de Enrique IV, el XVI, abierto bajo el signo de las medidas represivas de los Reyes Católicos, va ganando una estabilidad que, ya firme en los dos siguientes justifica en buena medida el florecimiento barroco de la región. Galicia se embarca en grandes proyectos que se cuentan entre los primeros del momento, con nombres tan destacados como los de los arquitectos Bernardo Cabrera, José de Peña Toro, Domingo Andrade, Fernando Casas Novoa o Simón Rodríguez y, en la escultura, Francisco de Moure, Mateo Prado y Francisco Castro Canseco, entre muchos otros no identificados o sin nombre. A ellos, bajo los



auspicios de las cinco diócesis gallegas, los grandes monasterios y los demás patronos, cabrá la gloria de dar vida a este periodo excepcional.

El libro que ahora nos ocupa es un nuevo acercamiento a esos tiempos del barroco gallego, atendiendo a una de sus formas de expresión más características, el retablo, y a una de sus regiones más fértiles, aunque menos conocidas, las tierras de Monforte de Lemos. Bien sabe la autora, tanto del uno, como de las otras. Ana Diéguez, querida amiga y modelo perenne en lo profesional, licenciada de grado en Historia del Arte por la Universidad de Santiago de Compostela y becaria, sucesivamente, de los Museos de Pontevedra y el Prado, que ahora avanza su tesis en pintura flamenca del XVI, bajo la dirección de Matías Díaz Padrón, ha dado repetidas muestras de su rigor y larga experiencia investigadora. El tema del retablo, tanto en sus funciones de culto, como en su forma y elementos estructurales, ha sido abordado por ella en diversas publicaciones marcadas por el sello de su honestidad científica y agudeza interpretativa. Me viene a la mente su trabajo sobre los retablos del desaparecido convento franciscano de Monforte (*Lucensia*, 23, pp. 263-286) o aquellos otros acerca de *La columna bulbácea en España* (III Congreso Internacional *El Barroco Iberoamericano*, Sevilla 2001) y *La pervivencia de las marginalias en la Edad Moderna* (Symposium Internacional *Alonso Cano y su época*, Granada, 2002), donde partiendo del retablo mayor del colegio del Cardenal, de Monforte de Lemos, aborda complejas cuestiones de orden iconográfico. El libro que ahora saca a la luz, y que reseño apenas quince días después de su presentación, en Lugo, el pasado 1 de abril de 2004, nos ofrece la plena maduración de estas experiencias anteriores, adentrándose en honduras y arribando a conclusiones de muy subido valor. Con él se adhiere la autora a la línea científica definida por Martín González y Rodríguez Gutiérrez de Ceballos, que con tan buen hacer ha sido encauzada hacia lo gallego por estudiosos como García Iglesias, Folgar de la Calle, López Vázquez o la desaparecida María Dolores Vila Jato. El grueso del trabajo aquí recogido fue realizado para la tesis de licenciatura que la autora leyó en la Universidad compostelana en junio de 2001, una empresa larga y concienzuda que bien merecía haber sido presentada como tesis doctoral, pues contenidos y empaque le sobran para ello.

La elección del área monfortina como coto territorial para el estudio era de antemano una promesa de éxito, por la calidad y el volumen de las obras allí conservadas, así como, por las mismas, una certeza previa de trabajo arduo y paciente. El arciprestazgo de Monforte de Lemos, con treinta parroquias en su circunscripción, es uno de los más notables de Galicia, lo mismo que, por sus especiales circunstancias, uno de los de mayor enjundia patrimonial. En 1591, don Rodrigo de Castro, arzobispo de Sevilla, funda el Colegio del Cardenal, imponente mole jesuítica paradigmática en todo el país; luego, en 1618, su sobrino, don Pedro Fernández de Castro, VII conde de Lemos, se retira, a causa de la llamada «revolución de las llaves» a su terruño de Monforte, naciendo en torno a él una pequeña corte que va a ser desde entonces el motor de una activa vida cultural y artística en la localidad, salpicada por la presencia de maestros de cierto renombre.

Consta el libro de dos partes bien diferenciadas, precedidas por una introducción que la investigadora aprovecha para exponer el estado de la cuestión y situarnos en el contexto histórico y natural de la comarca, haciendo además una valiosa exposición de la metodología seguida que, a buen seguro, le agradecerán muchos analistas noveles. A continuación, la primera parte, en la que englobo los tres capítulos siguientes, es la más valiosa del libro, al ofrecer un recorrido completo por los principales elementos y maestros del área. Primero, bajo el epígrafe «Evolución del retablo en Monforte de Lemos durante los siglos XVII y XVIII», analiza con cuidado la forma de los retablos de acuerdo al establecimiento de unas etapas sucesivas con caracteres perfectamente definidos que, partiendo del 1600 nos dejan a las puertas del siglo XIX. Hace luego un estudio detenido de las distintas partes constituyentes de los retablos y las transformaciones que experimentan a lo

largo del tiempo, deteniéndose en la minuciosa explicación de plantas, alzados, bancos, sagrarios, soportes y otros elementos arquitectónicos, cajas, áticos, polseras y motivos ornamentales, a lo que añade interesantes digresiones en materia de iconografía y una utilísima clasificación tipológica. Repasa luego la identidad y exigencias de los comitentes, que resume en particulares, órdenes religiosas y cofradías, aportando datos concretos y breves semblanzas personales de gran interés. Aborda, acto seguido, el problema de los autores, ofreciendo una extensa nómina, llena de noticias documentales, en la que sale a la luz un buen número de nombres hasta ahora desconocidos u olvidados, caso del inédito Ángel González, cabeza de uno de los talleres más activos en la zona durante el último tercio del siglo XVII, o el desconocido maestro apodado con el atractivo nombre de *Mil Bienes*, que la autora cree posible identificar con el benedictino fray Vicente Diéguez, religioso del convento de San Vicente de O Pino, de Monforte, que se revela muy ducho en este arte durante las últimas décadas del siglo XVIII.

Viene, seguidamente, un extenso capítulo quinto que por su radical cambio de tono, supone una segunda parte en necesario complemento de esa primera. Se ofrecen aquí las fichas catalográficas de los cuarenta retablos más representativos de la comarca, extraídas de entre las más de cien que Ana Diéguez confeccionó para su tesina. Son fichas muy completas en donde se recogen los datos esenciales para la identificación de la obra y, muy por extenso, su examen formal y devenir histórico, seguido de una completa bibliografía y de la citación de las fuentes documentales manejadas. Un apartado de indudable aridez, pero de tanta mayor utilidad, modelo de tesón y buen hacer, cuyo interés ya superaría el ámbito gallego por el mero hecho de contener un amplio estudio del retablo mayor del Colegio del Cardenal, construido entre 1625 y 1639, obra maestra del genial Francisco de Moure que, en 1636, murió sin poder verla culminada. Interesa destacar, además, en este apartado la reconstrucción que, sobre noticias de archivo, la profesora acierta a hacer de importantes conjuntos desaparecidos, como el del convento de los franciscanos, uno de cuyos retablos localiza en la parroquia de San Martín de Espiñeira. Siguen a continuación los índices onomástico y topográfico, cuya presencia dice tan bien del rigor de la autora e, inmediatamente después una extensa bibliografía de indudable valor para la orientación de futuros estudios; una lista enorme pero concisa, sin paja ni obras incorporadas por compromiso, en la que hubiera sido deseable, sin embargo, una citación más amplia, que incluyera el nombre completo de los autores y la editorial que publicó sus trabajos. Lamento, por último, la mediana calidad de las ilustraciones, algunas de las cuales hubieran sido de gran ayuda por su rareza y novedad, pero no culpo de ello a la autora, sino a la sencillez que caracteriza a toda la edición, pues, habiendo visto con anterioridad el elenco de los originales aquí publicados, puedo dar fe de su dignidad.

Un trabajo, en resumen, de corte clásico y científico hasta la médula, que destila por cada línea horas y más horas de intensa labor de campo y archivo y no menos de biblioteca. Un trabajo enjundioso y consciente, ejemplo de voluntad y genio capaz, interesante por cuanto nos enfrenta a un patrimonio amplísimo y desconocido casi en su totalidad y por cuanto trasciende los límites de lo local, ofreciendo un enfoque metodológico y unas conclusiones válidas para otros muchos lugares. No me ciega al hablar el cariño que me une a la autora, que la honestidad científica me impulsa, como otras veces, a no ocultar; me expreso guiado por la seguridad en la calidad del trabajo, que de sobra sé agotador y lleno de espinos.

FRANCISCO MANUEL VALIÑAS LÓPEZ  
Departamento de Historia del Arte y Música. Universidad de Granada